

Historias de subte (*Amón-Aím*)

Una noche fría de otoño, como tantas otras, a las **22.30**, un muchacho llamado Sebastián cerraba el kiosco que atendía en una esquina de Ugarteche y Cabello. Mientras colocaba el candado en la puerta de rejas, dos personas (ambas con zapatillas de marca de colores llamativos, pantalones deportivos, gorras y buzos oscuros con capucha) se acercaban raudamente hacia él. Al verlos, Sebastián intentó colocar rápidamente un segundo candado, pero los nervios hicieron que se le cayera al suelo, a metro y medio. Los dos individuos avanzaban con las manos en los bolsillos canguro de sus buzos. Uno de ellos sacó una mano rápidamente, se agachó y tomó el candado, al mismo tiempo que el otro le preguntaba a Sebastián:

—Che, flaco, ¿no sabes dónde queda el Hospital Fernández? Mi mujer va a dar a luz y creo que nos perdimos.

El muchacho que había tomado el candado se lo entregó a Sebastián, quien con un suspiro de alivio le contestó:

—¡¡¡Sí, sí!!! Seguí por esta derecho, son cinco cuadras nada más.

Los muchachos le dieron las gracias y se marcharon a paso rápido hacia el hospital. Sebastián, aliviado del susto, se dijo: “Bueno, si no me robaron estos dos, creo que esta noche no va a pasarme nada malo”. Tal vez se equivocaba, pues, cuando miró el reloj se dio cuenta de que eran las **22.50** y se le estaba haciendo muy tarde. Empezó a correr por Ugarteche hacia la estación de subte Scalabrini Ortiz. En el camino comenzó a revisarse los bolsillos para asegurarse que no se olvidaba nada. “¿Tengo todo? Las llaves, los documentos, la billetera, monedas y ¿mi pase? ¿Dónde tenía el pase? Ah sí. Acá esta”. Del bolsillo superior de su campera de jean sacó un pase de subte.

Las calles estaban desiertas, pero al doblar en la esquina de Juncal (por apurado y distraído) chocó con un señor, una persona de unos 70 años, vestido con la ropa de personal de limpieza del subterráneo (pantalón y remera azul oscuro con franjas refractantes). El hombre era delgado, demasiado delgado, de cara pálida y grandes orejas; sus pómulos resaltaban y llevaba una barba de un par de días sin afeitarse, cabellos largos pero sólo en la parte de atrás y en los costados, ya que en su mollera era calvo. Sebastián ayudó al viejo a levantarse y mientras lo hacía le dijo:

—Lo siento, señor, mil disculpas; es que estoy apurado y no lo vi.

El anciano lo miró fijo a los ojos y con una sonrisa en los labios delgados (casi leporinos) le contestó:

—No hay problema, pero yo no estaría tan apurado en llegar adonde vas.

Sebastián no entendió a qué se refería y no le prestó atención a esas palabras; su mente estaba en la hora y en que si no se apuraba llegaría tarde a tomar el subte. En cuando llegó a la boca del subte, bajó los escalones de dos en dos y cuando estuvo frente al molinete se dio cuenta de que había perdido el boleto. Miró a la boletería para sacar otro, pero, no había nadie, parecía estar solo. En el andén ya estaba el subte aguardando. Se puso nervioso y, al ver que se encontraba solo, tomó impulso e intentó saltar el molinete. En ese mismo instante sonó la chicharra del cierre de las puertas. Apoyó sus manos en dos molinetes y saltó con los pies juntos, pero con el talón de un pie tocó el aspa del molinete, se desestabilizó y cayó de costado. Las puertas se cerraron y el tren emprendió la marcha.

Sebastián se levantó desahuciado, viendo cómo el último tren de la noche se marchaba haciendo remolinos de papeles y bolsas entre los durmientes de las vías.

Las luces de la estación se apagaron, quedando solo unas luminarias secundarias que creaban un ambiente lúgubre y desolador. Cansado por la carrera que había hecho (en vano) para no perder el último tren, resignado por haberlo perdido y dolorido por la caída, se apoyó de espaldas contra la pared del andén, se cubrió la cara con las manos y se deslizó hasta quedar sentado en el suelo. El silencio lo cubría todo como un manto tenebroso, el lugar se heló y a Sebastián comenzó a brotarle vapor por la nariz y la boca al respirar; un escalofrío le recorrió el cuerpo y el miedo se apoderó de él. Asustado, miró hacia ambos lados, al andén de enfrente e incluso detrás de él; se levantó de un salto y vio que del fondo del túnel una luz se hacía cada vez más grande a medida que se acercaba a la estación. Y de repente, un chillido (como el de mil ratas juntas acercándose) cada vez más agudo lo ensordeció. Sebastián tapó sus oídos, cerró los ojos y se volvió a sentar contra la pared; en ese instante una mano apareció (era tan delgada que la piel parecía pegada a los huesos), y en el momento en que la mano se posaba sobre su hombro una voz lejana le dijo:

—Muchacho, muchacho...

Sebastián se despertó sobresaltado: se encontraba sentado en el piso, apoyado contra la pared; frente a él, la formación de subte y a su derecha, el señor de limpieza, el mismo con el que se había chocado antes, que, retirando su mano (no tan delgada como la anterior) y le dijo preocupado:

—Este es el último tren...

Sebastián pegó un salto para levantarse, pero ya era tarde: los vagones cerraron sus puertas y el tren subterráneo emprendió su marcha. El joven quedó a metro y medio del tren. Giró diciendo:

—¿Gracias igu... al?

Pero el señor ya no estaba. Miró a ambos lados: el andén estaba totalmente desierto. Volvió a mirar a las vías, pero no había ni rastros del tren, ni un sonido de que hubiese pasado. Analizó la situación y se convenció de que había sido un mal sueño, que cuando se tapó los ojos se había quedado dormido y que, aunque los sonidos, las luces, el señor de limpieza, incluso la mano en el hombro, le parecieron tan reales, todo había sido un muy mal sueño. Pero, si se había quedado dormido, ¿cuánto tiempo pasó? Sobresaltado, corrió hacia la salida mientras miraba el reloj; se extrañó cuando notó que las agujas se habían detenido marcando las 23, incluso el segundero de su reloj no se movía, pero más se asombró al ver que la salida estaba cerrada y con candado. Instintivamente intentó abrir el candado y sacudió en vano la puerta de rejas mientras pedía ayuda:

—Hola, ¿hay alguien? Ábranme, quedé encerrado acá abajo, en el subte. ¿Alguien me escucha?

Sus gritos, aunque no desesperados, eran audibles desde la superficie, aun más en el completo silencio que reinaba en las calles, donde parecía que ni los autos pasaban. Sebastián se quedó mirando la puerta de rejas, la cual tenía una malla metálica que impedía el acceso al candado desde afuera, por lo cual, quien hubiera puesto el candado, tenía que haberlo hecho desde adentro de la estación.

“Tiene que haber un nochero, alguien que cuide la estación cuando el subte está cerrado. Y ese alguien tiene las llaves para poder salir de acá”.

Recorrió toda la estación con la esperanza de encontrar a alguien que acudiera a su pedido de ayuda. Revisó todas las salidas posibles, pero estaban cerradas desde adentro.

De repente, se encontraba en el andén de enfrente, cuando vio a dos personas; debido a la poca iluminación de la estación, solo veía un par de sombras bien definidas, pero no podía distinguir sus rostros ni la ropa que llevaban puesta. Sí notó claramente que una de esas figuras estaba sentada en el piso y apoyada en la pared con las manos en el rostro y que la otra lo movía del hombro con una mano. La escena le resultaba familiar.

“Sí, claro, es como el sueño que tuve hace rato”, pensó, y se preguntó en voz alta:

—¿Pero qué es esto? ¿Sigo soñando? ¿Qué es lo que está pasan... —la palabra se cortó en el aire, ya que en ese mismo momento una especie de holograma interrumpió la escena.

Era una formación de subte que entraba en la estación, una especie de tren fantasma translúcido que no tapaba la imagen del andén ni las formas de quienes él reconocía como al señor de limpieza y a él mismo. Atónito, Sebastián se quedó mirando cómo la figura del piso (que supuestamente era él) se levantaba de un salto en el instante en que el tren fantasma se marchaba.

Estaba paralizado de miedo, un escalofrío le subió por la nuca y se instaló en su cabeza; de pronto todo comenzó a darle vueltas. El espanto le cortó la respiración y se sintió a punto de desmayar. Tenía los ojos bien abiertos, pero mirando a la nada.

Cuando logró reaccionar, no pudo calcular cuánto tiempo se había quedado inmóvil. Respiró hondo para tomar fuerzas y analizar la situación. Trató de convencerse de que estaba sugestionado y que lo que había visto era solo parte de su imaginación, un recuerdo de aquello que había soñado.

—Dale, che, si vos no creés en monstruos ni en fantasmas; ni siquiera creés en Dios. ¿Cómo vas a creer que lo que viste es algo real? —se preguntó, y trató de buscar una explicación más lógica—: Es obvio que sigo en un sueño, así que nada puede pasarme. Lo único que tengo que hacer es despertarme o seguir como si nada hasta que me despierte —pero, por más que se esforzara siempre le quedaba la incertidumbre—. Bueno, serenate, supongamos que esto sí está pasando realmente. No hay por qué asustarse. Si hay algo que nos enseñan las películas de terror, es que los fantasmas nos dejan señales para que se esclarezca su muerte. —Se hablaba a sí mismo como buscando la respuesta que buscaba escuchar—. Claro, ¡es eso! Seguro el anciano es un alma en pena que me está pidiendo ayuda. Quiere que investigue su muerte. —Estaba tan convencido de lo que se dijo que perdió el miedo, o casi todo. Su subconsciente aún le advertía algo, pero, él no quería escucharlo y trataba de envalentonarse más pensando en encontrar algo que demostrara qué le había ocurrido al anciano—: Seré un héroe, apareceré en los diarios, en la tele, en las radios; seré famoso y ¿quién sabe?... hasta pueden hacer una película sobre esto.

La fantasía viajaba en su mente, mientras abordaba esta aventura de una forma seria y objetiva, para averiguar que había ocurrido en esa estación con el anciano de limpieza.

Puesto en el papel de detective, revisó minuciosamente cada rincón de la estación y cayó en la conclusión de que, si había una persona de limpieza, seguro existía un cuarto de limpieza. Aún se encontraba en el andén contrario del que había entrado.

Cuando llegó al final de la estación, bajó la escalera hacia las vías, cruzó los rieles pisando los durmientes, confiado en que los trenes a esa hora ya no pasaban. En cuanto llegó a la otra pared notó que había una puerta de metal en cuya parte superior, a pesar de la tenue luz que llegaba a ese sector, se leía “MAESTRANZA”. En un arrebato de alegría y curiosidad quiso abrirla, pero estaba cerrada con un candado. La intriga lo llevó a buscar algo con que romper ese candado y no tardó en encontrar bajo los peldaños de la escalera del andén una varilla angosta de metal de unos treinta centímetros; volvió a la puerta y la

introdujo en el candado hasta la mitad, hizo tope con el marco de la puerta y palanqueó. Rompió el candado casi sin esfuerzo.

Lentamente abrió la puerta; una débil luz parpadeante salía de adentro, el cuarto era pequeño (dos metros de ancho por tres de largo), a la derecha, contra la pared, había una línea de cofres; a la izquierda, una estantería con productos de limpieza y en el fondo, un *dispenser* de agua. En el medio del cuarto se veía algo, como la sombra de una bolsa de basura enorme y bien llena. De repente la luz dejó de parpadear y apareció la imagen clara del anciano de limpieza sentado en una silla de madera. Tenía aspecto de llevar varios días encerrado.

Estaba consumido, muy delgado, con la mitad izquierda del cuerpo destrozada; el hombro salido hacía que el brazo quedara colgando casi hasta tocar el piso; la tibia y el peroné quebrados forzaban al pie a quedar apoyado sobre el empeine externo; en el pecho, la ropa desgarrada y cubierta de sangre seca dejaba ver un gran corte profundo que atravesaba el tórax y por el que, mirando de más de cerca, se veía el corazón marchitándose en su interior. La oreja izquierda colgaba del lóbulo, tenía la boca demasiado abierta debido a la rotura de mandíbula y el pómulo hundido como si le hubieran pegado un golpe preciso con una maza, provocando que el ojo se saliera de la cuenca y quedara semicolgado, mientras que el otro ojo lo tenía cerrado.

Casi como si estuviera esperando encontrarse con esa imagen, Sebastián, lejos de asustarse, miró atentamente cada lesión, haciendo una autopsia ocular, pero sin acercarse (tal vez sí tenía algo de miedo realmente) y desde la puerta sacó una conclusión que dijo en voz alta:

—Seguramente vio algo que no debía ver y alguien lo empujó, el tren lo atropelló y lo escondieron acá adentro. Pero ¿qué pudo haber visto?

El hombre muerto abrió el ojo sano al mismo tiempo que respondía:

—¡¡¡Lo mismo que vos!!!

Del susto, Sebastián pegó un salto hacia atrás con un grito ahogado, y cayó sobre las vías; en ese instante llegaba el primer tren del día a la estación.

A pesar de que el *motorman* asegura haberlo arrollado, nunca se encontró el cuerpo de Sebastián; lo mismo había pasado unos meses atrás con el señor de limpieza.

Hasta el día de hoy hay pasajeros que aseguran haber visto en la entrada del túnel a un muchacho que desaparece cuando llega el primer subte del día.

Este es uno de los misterios que encierra el subterráneo de Buenos Aires. Y ahora que lo conocen, recuerden: si van a viajar en subte, háganlo temprano, no sea cosa de que pierdan “El Último Tren”.